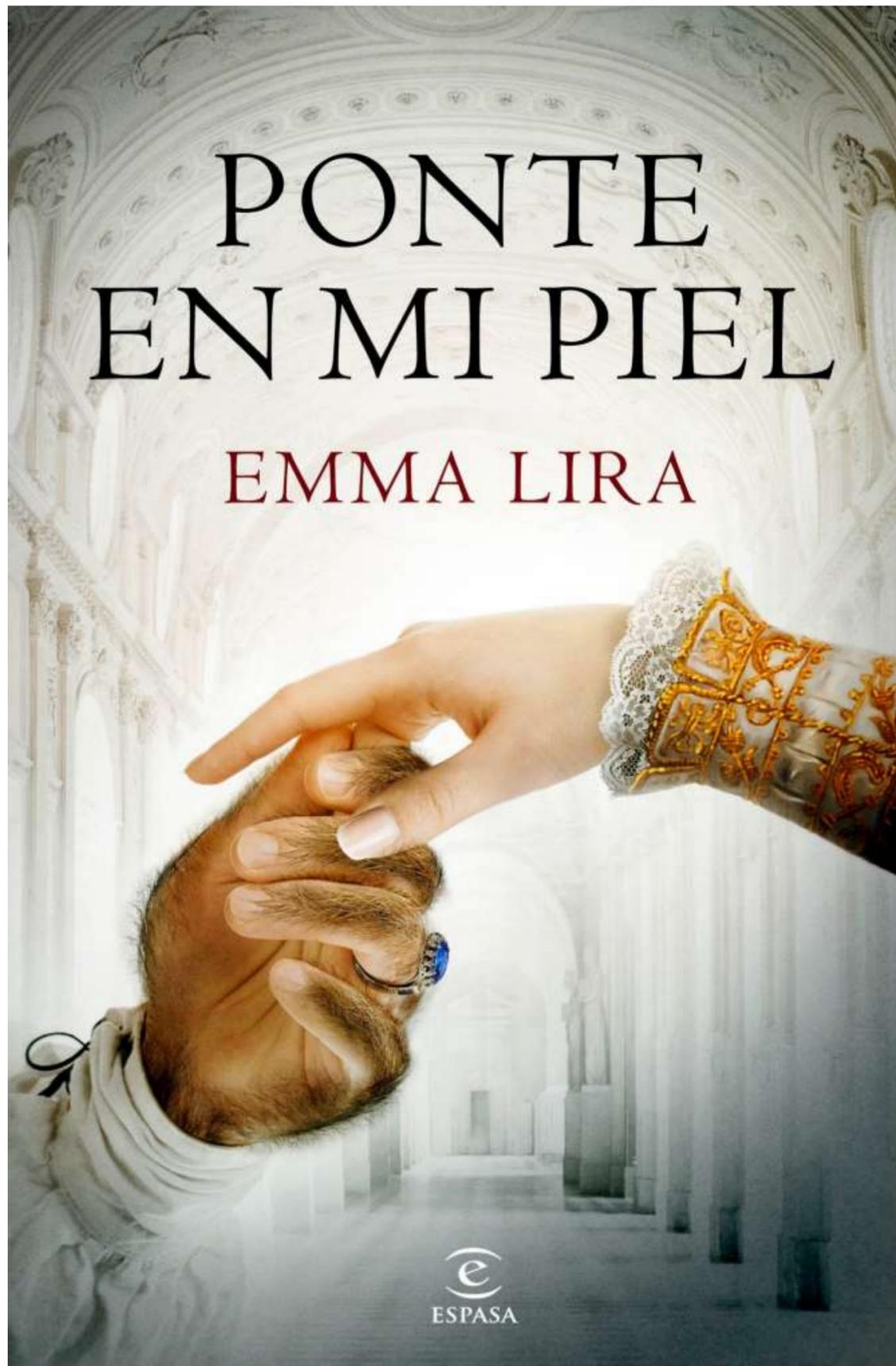


SI PIENSAS QUE NO HAY NADA MÁS CONMOVEDOR QUE
EL CUENTO DE LA BELLA Y LA BESTIA
ES QUE AÚN NO CONOCES LA HISTORIA REAL



Desde la emoción y con un nervio poco común, Emma Lira reescribe, a partir de los personajes reales que la inspiraron, *La Bella y la Bestia*, para muchos la historia de amor más singular y poderosa de todos los tiempos.

1537, isla de Tenerife. Un grupo de mujeres forma un círculo alrededor de una joven parturienta. Tras un último grito desgarrador, llega al mundo un bebé cubierto de pelo.

Esa criatura espantosa crece como un ser maldito entre los suyos, hasta que, a los diez años, es capturado por los corsarios, quienes se lo llevan como regalo al rey Enrique II de Francia. Ocurre entonces algo inesperado: el soberano, fascinado por la despejada inteligencia y la rara sensibilidad del niño-monstruo, decide ponerlo bajo su protección.

Bautizado como Pedro, el joven aprenderá a abrirse camino en el turbio mundo de las intrigas de la Corte, así como a reconocer a sus muchos enemigos y a sus incondicionales aliados, para quienes su terrible aspecto no es capaz de esconder la belleza de un alma tan noble como valiente.

Convencido de que jamás será merecedor del amor de una mujer y ya convertido en gentilhomme, Pedro tendrá que enfrentarse al reto definitivo: por orden de la reina Catalina de Medici, se verá obligado a casarse con Catherine, una hermosa dama aterrada ante ese destino...

Yo no nací. A mí me nacieron, aquella noche de luna llena y cumbres recortadas. Me nacieron con culpa y con vergüenza.

Me parieron en el suelo, sin ceremonias ni ropajes, entre sangre y jadeos apresurados, como al perro que habría de ser durante los años venideros.

Cuentan que mi madre gritaba como si le hirvieran las entrañas, pero que no derramó ni una lágrima hasta que me pusieron entre sus brazos. Era valiente, dicen, pero entonces, cuando al fin pudo verme, cuando su piel rozó la mía por vez primera, se le mudó el gesto, se le helaron los ojos y se le estancó en la garganta un grito de horror puro. El pelo, oscuro, larguísimo, le encaneció en el acto. Si las mujeres no la hubieran sujetado, se habría despeñado por el barranco sin dudarlo, porque al ver mi aspecto, al tocarme, fue por primera vez consciente de las consecuencias de su pecado.

Petrus Gonsalvus, el nombre de “La Bestia”

Pedro González o Petrus Gonsalvus nació alrededor del año 1537 en la isla de Tenerife, aquejado de una enfermedad, la hipertrichosis universal congénita, que cubría todo su cuerpo de vello.

Llegó a Reims, diez años más tarde, como un presente para el rey francés Enrique II en el día de su coronación. Su vida, durante esos años, permanece en la bruma. Se cree que era hijo de un mencey, el nombre que recibían los reyes guanches, quienes, en grupos aislados continuaban resistiéndose a la conquista de la isla por parte del adelantado Alonso Fernández de Lugo. Se desconoce quién o como le hizo llegar a Francia. Sí está documentado en interés que despertó en el monarca, quien, pese a su aspecto de fiera o niño salvaje, insistió en darle una educación, un puesto de confianza en la corte, un sueldo y un tratamiento acorde con su linaje, como hijo de un rey extranjero. Con el tiempo, y a la muerte del rey, su protector, su viuda, Catalina de Medici, le tomaría bajo su protección, casándole con una de las damas de su séquito, de nombre Catherine. Años después de su matrimonio, la singular pareja se asentó en Italia, en tierras de los Farnesio, abandonando Francia para siempre y criando allí a los hijos habidos de su unión, cuatro de los cuales heredarían la enfermedad de su padre. Petrus fue examinado y su caso documentado por varios especialistas y médicos en distintas capitales europeas.

Su retrato, como el de su esposa y algunos de sus hijos se exhiben en diferentes castillos y galerías tanto europeos como norteamericanos, entre ellos en el castillo de Ambras, en Innsbruck (Austria) lo que terminaría por dar nombre a la enfermedad que, popularmente, se conoce como síndrome de Ambras. Se cree que uno de estos cuadros, en el que un Petrus cubierto de pelo aparece posando junto a su bella esposa, inspiraría, unos cien años después de su muerte, a la escritora francesa Gabrielle—Suzanne Barbot de Villeneuve para escribir su relato *La belle et la bete*, concebido primeramente como un cuento para adultos y en el que en 1756, la escritora Jeanne-Marie Leprince de Beaumont se basaría para la creación del mito universal explotado por Disney.

https://es.wikipedia.org/wiki/Petrus_Gonsalvus



Retrato de Pedro González, el "*Salvaje Gentilhombre de Tenerife*". Pintura situada en la Cámara de Arte y Curiosidades del Castillo Ambras (Innsbruck, Austria).



Petrus Gonsalvus, la bestia que se convirtió en gentilhomme

“Ponte en mi piel”, la nueva novela de Emma Lira, va más allá en la recreación del cuento “La bella y la bestia”, que tiene su origen en la historia del canario Petrus Gonsalvus, aquejado de hipertrichosis o síndrome de Hombre Lobo. Esta enfermedad le cubría el cuerpo de un vello grueso, similar al de un animal, lo que le daba apariencia de bestia.

El protagonista, el hijo un caudillo guanche que primero es conocido como **Guancancha**, hijo de perro, después como **Pedro González**, para unos y **Barbet**, para otros; para finalmente ser hasta el final de sus días don Petrus Gonsalvus, representa la historia de resiliencia y superación de un ser humano que estaba llamado a ser un marginado en su propio pueblo para convertirse en un gentilhomme en la corte francesa del rey Enrique II de Francia, en el siglo XVI.

La novela es también una historia de amor. De los dos amores de Pedro, en realidad. El primero, irrealizable, pues su objeto es Diana, la hija bastarda del rey Enrique II, que se cría junto a él. El segundo, en el que se inspira el cuento tradicional, deriva de un matrimonio de conveniencia impuesto para ambos contrayentes y orquestado por la reina Catalina de Medici, viuda de Enrique II, entre una de sus damas, Catherine, y el propio Petrus. **Una historia que se inicia con un gran rechazo, especialmente por parte de ella, pero que evolucionará hasta mutar en un amor puro y sincero.**

Pero vayamos por partes, porque la autora no se ha ceñido a contar una simple historia de amor, ni siquiera de superación, sino que **ha tejido con una base histórica lo que podría ser una biografía de ficción**. Un término a priori contradictorio que pretende recrear la que pudo ser la vida real de este hombre. Basándose en los datos que importantes investigadores como Roberto Zapperi o Enrique Carrasco Molina han conseguido rescatar de la vida de Petrus Gonsalvus, Emma Lira ficciona la que pudo haber sido la historia de un niño no deseado y maldito, quien, debido a su aspecto, se ve obligado a alejarse de los suyos.

De guanche desterrado a miembro de la corte francesa

La vida del niño—perro será una sucesión de hechos que escapan a su control. Su ansia por vivir, su fuerza innata le llevan a escapar del destino que otros han procurado para él, condenándole a morir abandonado en un destierro impuesto por las supersticiones derivadas de su su apariencia. Pero Guancancha se niega a aceptar su destino y se acerca, como un animal que busca cobijo, a los primeros conquistadores españoles de su Tenerife natal. Es entonces cuando se convertirá en Pedro y cuando se dará cuenta tanto la compasión que es capaz de inspirar, como del rechazo que causa en todos aquellos que temen al «diferente» .

Apresado por tratantes de esclavos que surcan las aguas canarias, termina en un barco corsario francés que ataca a sus secuestradores y es ofrecido como regalo a Enrique II en el día de su coronación, sin sospechar que el monarca terminará por integrarle en su corte, en la que contará con inesperados aliados y con enemigos no buscados, propiciados, nuevamente, por su apariencia. Es aquí cuando surge **Barbet, el nombre que le imponen los que desean denigrarle, aludiendo a la raza de sabuesos favoritos del rey.**

Su infancia y adolescencia transcurren con más o menos normalidad en la frívola corte gala, llena de oropeles, fiestas y también traiciones, luchas cainitas por el poder y posicionamientos irreconciliables entre familias y facciones, que volverán a atrapar, una y otra vez, no solo al protagonista, sino también al lector de "Ponte en mi piel".

En ese entorno, Pedro, **crece y estudia en la guardería real junto a los hijos del rey y a los de las principales familias nobles, tanto francesas, como extranjeras. Es aquí donde traba contacto con Horacio Farnesio, con la pequeña reina escocesa María Estuardo, o con la bastarda real, Diana de Francia,** posteriormente conocida como Diana de Castro. Ambos pasarán de la camaradería de hermanos a una posterior gran amistad que derivará en un amor secreto; un amor que, conscientes de la disparidad de sus mundos, ninguno de ellos se atreve a confesarse.

Diana, la primogénita del rey Enrique II, bastarda pero legitimada, está llamada a ser moneda de cambio en alianzas políticas y Pedro, no del todo dueño de su propia vida, es prácticamente una posesión más de la corona francesa desempeñándose en los puestos que tanto el rey, primero, como la reina, tras la muerte prematura de su marido, disponen. Así pasa de ser mozo de armas, a empleado en las cocinas reales, sirviente directo de la mesa del rey y discípulo de uno de los caballeros más importantes de la corte, el almirante de los Ejércitos de Francia, Gaspard de Coligny.

Frente a una corte que comienza a fragmentarse entre católicos y protestantes (calvinistas o hugonotes) en un claro simbolismo de lo que está a punto de suceder en toda Francia, Pedro, **hace gala de su innegable instinto de supervivencia.** Su inteligencia, un don que trata de aprovechar al máximo, le permite dominar varios idiomas y le dota de una gran capacidad de reflexión y de tolerancia. Al mismo tiempo, su instinto le aleja de tumultos y le ayuda a encajar ofensas y provocaciones.

El protagonista de Emma Lira vive en una **corte libertina y endeudada por las constantes guerras, cercada por el reino de España,** primero a través de la figura de Carlos I y posteriormente por Felipe II. A su alrededor, como actores de un drama que se desarrolla en toda Europa, hallamos una sucesión de Papas que persiguen sus propios intereses, una Inglaterra protestante bajo el reinado de Isabel y los restos del Sacro Imperio y los Países bajos que, aparentemente más pragmáticos, se acercan a la «nueva religión» en contraposición a la corrupción, las bulas y las prebendas de un catolicismo apoyado en el Santo Oficio español y la Chambre Ardente, su símil francés.

En la corte francesa, Pedro tendrá la oportunidad de crecer en cuerpo y mente de la mano de dos grandes. En el terreno del conocimiento, trabajará como asistente de Michel de Nostradamus, el astrólogo y visionario francés, llamado a palacio por la reina Catalina de Medici, gran amante de **las ciencias ocultas, quien desea conocer el destino de los suyos.** Tras la muerte del rey que siempre le ha protegido, conmocionado, como todo el país, Pedro elige ligar su futuro al de su admirado maestro de armas, Gaspard de Coligny, quien se ha posicionado ya como uno de los principales líderes protestantes, frente a la ultracatólica y todopoderosa familia Guisa. **Tras la muerte del monarca. Francia se rompe en dos religiones y dos grandes familias enfrentadas. Pedro no sabe aún que acaba de tomar partido para el resto de su vida.**

La figura de Catherine

Mientras Pedro va madurando y va diluyéndose la presencia que, en su vida, ha tenido Diana, emerge la de Catherine que llegó siendo muy pequeña a la corte de la mano de una dama amiga de la reina, después de haber sobrevivido a la muerte de su familia durante una de las reyertas por la Guerra de la Sal que soliviantó a los campesinos franceses, ante la gabela, el impuesto sobre este preciado bien.

La pequeña Catherine, incapaz de hablar durante años traumatizada por el horror que vivió, se transforma en una joven extremadamente bella que, por su sensibilidad y su dramática historia, goza del favor de la reina, quien la mantiene a su lado y al de sus hijos. Catalina de Medici llega a sentirse casi dueña de la vida de su joven dama, hasta el punto de imponerle años más tarde su matrimonio con la persona que más pavor le producía en la corte francesa: Pedro González.

El matrimonio no es tal, salvo en apariencia. **La incapacidad de acercamiento por parte de Catherine hacia el que se convierte en su esposo, hace que pasen muchos años sin ser, de facto una pareja.** La propia Catherine, presa de sus miedos infantiles a hombres de aspecto salvaje y con su dificultad para expresar sus afectos, tendrá que ver con sus propios ojos que, pese a lo que parece, en la corte puede haber **tanto monstruos de elegante apariencia como caballeros de monstruoso aspecto.**

En los años más convulsos de Francia, los destinos de la pareja transcurren separados. Catherine continúa al lado de la reina Catalina, que, amenazada por distintos intereses y con el trasfondo de las guerras religiosas, navega entre dos aguas tratando de garantizar que la Corona de Francia quede en mano de sus hijos, a los que Catherine ama como a hermanos. Petrus, pese a su apariencia se convertirá en el hombre de confianza de Coligny, el líder protestante, actuando como enlace entre las diferentes cortes europeas, utilizando precisamente su aspecto para distraer la atención sobre su auténtica misión.

Las guerras casi fratricidas entre las dos facciones más importantes de la corte: los ultracatólicos Guisa y la familia Montmorency, entre quienes se encuentra el líder protestante Gaspard de Coligny, **dividen al país enfrentándolo en dolorosas guerras que sitúan a Pedro y Catherine, merced a sus lealtades, en orillas diferentes del mismo conflicto** haciendo que el lector, que ya conoce perfectamente a ambos, se pregunte si serán capaces de superar tanto los obstáculos externos como los prejuicios internos para terminar por encontrarse.

La oportunidad se dará en el intento de reconciliación de ambas facciones que desembocará en uno de los episodios más trágicos de la historia de Francia. En las bodas de la última hija de Catalina de Medici, la princesa católica Margarita de Valois con el rey protestante Enrique de Navarra, un Petrus ya adulto reencontrará a Catherine. **Para entonces, ambos han crecido como personas y han experimentado pérdidas y desengaños, pero tienen aún intactas las emociones.** Cuando todo su mundo se resquebraje, ellos, más maduros y sabios, optarán por dejar de ser leales a otros para serlo por fin a sí mismos. Casi sin advertirlo, sus sentimientos han terminado por prender en ambos, por lo que deciden abandonar una Francia rota por las guerras y el horror, para retirarse juntos a Italia, buscando la protección de la familia Farnesio, para vivir por fin, como una pareja. Y ¿por qué no? Para fundar una gran familia.

Claves históricas

La novela transcurre en la Francia del siglo XVI. Guancancho nace en Tenerife en 1537 y muere en Italia, bajo el nombre de Petrus, ocho décadas después. Antes de cumplir los diez años de edad, y con el pueblo guanche a punto de perderse en la Historia frente a la conquista y posterior dominación española de las Islas Canarias, el niño perro es secuestrado y termina en en la corte francesa donde vivirá en primera persona y conocerá casi de primera mano algunos de los acontecimientos más relevantes del país vecino.

El protagonista vive en un ambiente frívolo, de constantes infidelidades dentro de matrimonios pactados, fiestas ostentosas y una corte festiva, frente a los sucesos que asolan las arcas de la corona y someten al pueblo a vaivenes frente a los que en ocasiones se sublevarán y en otras, sufrirán con una resignación no elegida.

Las Guerras de religión, entre reformistas y católicos, que encienden Europa y amenazan incluso a la corona francesa, **la rebelión de la Sal** cuando la población se alza frente a un impuesto que no puede asumir, **la batalla de San Quintín, con el éxito de Felipe II** y la gran humillación que representó para el pueblo francés, la recuperación de Calais frente al ejército inglés, la boda de una jovencísima María Estuardo con el heredero al trono de Francia, **o la Boda Roja entre Margarita (Margot) de Valois y Enrique de Navarra, que desencadenará la terrible la matanza de San Bartolomé**, son algunas de las contiendas que se suceden en el siglo en el que vive Pedro González y que le afectan en mayor o menor medida, bien por su participación en ellas, bien por los efectos que estos acontecimientos históricos tienen sobre su vida. La propia autora hace un extenso resumen al final del libro de algunos de los aspectos más destacados, históricamente hablando, de la narración.

La sucesión de reyes, de manera casi fortuita, es también otro aspecto a destacar. **Francisco I** es el primer monarca que aparece, al que está llamado a suceder su hijo también Francisco que junto con su hermano **Enrique**, pasará años preso de la corona española por un pacto que firmó su propio padre para evitar una guerra. Francisco muere —se llega a sospechar de su cuñada, Catalina de Medici—y Enrique, algo sombrío, poco llamativo y con mucho rencor hacia su padre, llega al trono en el que permanece hasta su prematura muerte en una justa, a los 40 años. Le sucede, con 15 años su hijo **Francisco II**, que muere en circunstancias no del todo claras y tras él, Carlos IX, que accede al trono a la temprana edad de 10 años como lo que es: un niño asustado ante la responsabilidad que se le viene encima. Sobre ellos aletean las ansias de poder de las dos familia más poderosas de Francia y por ellos vela, como reina madre, Catalina de Medici, una figura a la que hemos visto llegar de niña a la corte —tímida, apocada y extranjera— para casarse, que ha tenido que aguantar a la amante de su marido, Diana de Poitiers, durante más de 20 años, y que, tras la muerte del monarca, hará auténticos malabarismos diplomáticos frente a Papas y monarcas extranjeros, frente a las divisiones de su corte y la inestabilidad de su reino, hasta llegar a utilizar cualquier medio a su alcance para que la corona francesa se mantenga en su familia sin pasar a los Borbones, como vaticinan las profecías de Nostradamus.

Es un tiempo apasionante que la autora hila con sumo cuidado gracias a la gran documentación que avala su narración y que ella misma relata al final del libro. Y en todo ese entramado, recrea la historia que fue y la que pudo haber sido de su protagonista pues, salvo su enfermedad y su vida en la corte, apenas hay muchos más detalles biográficos del Hombre Lobo canario, ubicándole como gentilhomme de la corte francesa y colocándole en situaciones históricas y reales como un ser diferente que se enfrenta a vivencias inesperadas, en una sucesión casi inevitable a lo largo de su vida. En un tiempo de fanatismos, Pedro las afronta desde la tolerancia y la objetividad que le da su propia experiencia.

Un universo de personajes históricos en una ficción

Prácticamente todos los personajes que aparecen en la novela, que cuenta con una guía de ellos en las últimas páginas, son reales. Tanto los reyes y reinas, como las princesas, príncipes, nobles, además del propio Petrus Gonsalvus y su mujer, Catherine. No lo es su mozo, Gracián, un italiano afrancesado valeroso que no se arredra ante nada y exageradamente cortés con las damas. Tampoco la familia de Catherine, y otros personajes secundarios de la trama como Isabel, la niña que descubre al pequeño Guancancha o María, su madre.

La guía que aporta Emma Lira al final de su narración es un índice que sitúa a cada uno de los personajes tanto en el tiempo como en su posición en la historia, mezclando así ficción y realidad histórica en un ejemplo de maestría que se percibe desde la primera línea.

La presencia española en las Islas, los piratas que aterrorizan los nuevos territorios y los corsarios “amigos de la realeza” como el que conduce al pequeño canario a la corte francesa, los capitanes, nobles y otros aristócratas, algunos con puestos en la Iglesia como el cardenal de Lorena, Inquisidor de la Francia del momento, los propios monarcas que se suceden, sus amantes, sus esposas y sus descendientes. Todos ellos fueron reales y vivieron los momentos que recorre la novela.

Las situaciones, tal cual las relata la autora, forman parte de una ficción que se entremezcla con una realidad que marcó a la Francia convulsionada del siglo XVI y que le conduciría, tiempo después, a la Revolución Francesa, la posterior erradicación de la monarquía y la implantación de un sistema nuevo, tanto político como social.

El siglo de las mujeres

Aunque desde nuestra perspectiva, y retrocediendo casi cinco siglos, nos cueste creerlo, el siglo XVI albergó importantes personajes femeninos que desplegaron su influencia en las cortes europeas. Así, en la novela encontramos figuras de gran talla como **Catalina de Medici**, esposa de un rey de Francia (Enrique II) y madre de otros tres, que como delfina, reina, regente o reina madre hizo y deshizo, a lo largo de más de cuatro décadas en la política del país vecino, asolado por las guerras de religión, empleando en ocasiones métodos que le han hecho ganarse una trágica fama a posteriori. O como **María Estuardo**, la reina escocesa que arribó a la corte de Francia con apenas seis años para criarse a salvo de la persecución de su familia inglesa y prometerse con el heredero al trono de Francia, con quien se casaría en 1558.

O como **Diana de Poitiers**, amante del rey Enrique II hasta la muerte de él. Una mujer culta y formada que actuó como consejera privada del rey y de quien todos los embajadores europeos coinciden en resaltar la beneficiosa influencia que ejerció sobre él y sus decisiones. O como **Diana de Castro**, una de nuestras protagonistas, primogénita y bastarda del rey Enrique II que terminaría influyendo con sus consejos, su mediación o su tutela en los reinados de sus medio hermanos Carlos IX y Enrique III, e incluso “suavizando” la transición entre la dinastía Valois y los Borbones, convirtiéndose en consejera de su primo, Enrique de Navarra, al acceder al trono francés. O como **Margarita de Parma o de Austria**, hija ilegítima del emperador Carlos V y medio hermana de Felipe II, quién gobernó en los Países Bajos con bastante tacto y diplomacia, enfrentándose a las decisiones tomadas desde España, hasta que Madrid decidió aplicar una política más expeditiva movilizándolo a sus tercios y sustituyéndola por el Duque de Alba. Todo hace pensar que si ella hubiera seguido al mando de los Países Bajos, la historia común entre España y Flandes hubiera sido diferente. O como **Juana de Albret, reina de Navarra**, prima de Enrique II, esposa de Antonio de Borbón y madre de Enrique de Navarra, quien, enfrentándose a la corona francesa y a su propio esposo, convertido al catolicismo, dirigió su pequeño reino entre España y Francia, erigiéndose en la principal líder de los reformistas o hugonotes y protegiendo a su hijo Enrique de todas las intrigas ideadas para apartar a un protestante del acceso al trono de Francia. O como **Margarita de Valois**, la reina Margot, prometida a la fuerza y desposada con su primo Enrique de Navarra en un enlace truculento previo a la cruel matanza de San Bartolomé. Una mujer de fuertes convicciones, rebelde y culta, que pese a sus ideas religiosas, terminaría optando por el camino de la tolerancia entre credos, aliándose con su hermano y su marido para tratar de llevar una nueva etapa al país galo.

La «Petite Bande» la corte femenina que rodeaba al rey Francisco II o el «Escuadrón Volante», el grupo de mujeres espías, al servicio de Catalina de Medici, encargadas de recopilar secretos de alcoba para influir en las decisiones políticas, son dos claros ejemplos del poder que, dadas las circunstancias del momento, las mujeres, en ocasiones se veían obligadas a desempeñar, hábilmente, desde la sombra.

Episodios que convulsionaron un reino

A Petrus Gonsalvus le tocó vivir una época de rebeliones, invasiones y guerras que desestabilizaron el mundo en el que nació. Si en un primer momento, fue la invasión y posterior colonización y anexionamiento de su tierra, las Islas Canarias, al reino español; las vivencias posteriores, ya en su edad adulta, terminaron de moldear su personalidad.

Uno de ellos fue el tumulto que provocó el impuesto sobre la sal y que fue el detonante para que su futura mujer creciera con unos miedos tan profundos que le impidieran durante más de un lustro ver cómo era el hombre realmente con el que le habían desposado, un ser bueno pero con la apariencia feroz de sus terrores de la infancia.

Mis padres trabajaban en la sal, como mis hermanos Gilles y Maxim. Ivonne y yo éramos muy pequeñas entonces. Recordaba retazos de aquel día. El chillido feroz de las gaviotas, el olor de la sal, las voces de los hombres, discutiendo. El sol era tan luminoso fuera que me asomé a mirar. Vi los caballos, las picas, los cascos. Me quedé petrificada, como viendo un desfile. Maxim salió a buscarme y entonces él los vio también.

—¡Los hombres del rey! —gritó—. ¡Los hombres del rey!

Me cogió en volandas y me empujó dentro, y entonces todo se precipitó. Mi padre y los hombres se armaron con palos, con alguna espada oxidada por los vientos atlánticos y algún viejo arcabuz. No tenían ni casco ni armadura ni caballos. Ni aquella apostura de los hombres que nos cercaban ya. Recuerdo haber pensado que no podíamos ni soñar en competir con ellos...

...Ivonne era pequeña, muy pequeña. Traté de que callara cuando empezó a llorar. Pero no me hizo caso. Tendría hambre. Traté de engañarla con mis dedos, pero no hubo manera. Entonces fue cuando nos encontraron. Eran cuatro. Llevaban armaduras y cascos, ojos enloquecidos y rostros ensangrentados. Se sorprendieron. Alzaron las redes. Yo no intenté escapar. Empujé a Ivonne aún más abajo tratando de esconderla. Uno de ellos me sonrió. Y entonces pensé que nos ayudaría y que todo iba a acabar. Pero me equivoqué. Me dijeron que estuviese callada, que no se me ocurriese gritar. Y fue entonces cuando empezó todo.

Cuando me desperté, era de madrugada. Mi ropa estaba rasgada y había sangre en mi cuerpo. Pensé que era la de los muertos, antes de notar el dolor que me paralizaba, la quemazón. Mi cuerpo había borrado las caras de esos hombres y les había puesto el rostro de los monstruos de los cuentos de mi infancia, los hombres lobo que atacan a los niños en el bosque. ¿Quién si no un ser maligno sería capaz de infligir a una niña ese dolor?

Otro de los grandes episodios que marcan definitivamente la vida del protagonista de “Ponte en mi piel” fue la matanza de San Bartolomé, durante los esponsales de la princesa Margot con su primo, Enrique de Navarra. Esa noche del 23 de agosto de 1572, los hugonotes (calvinistas franceses) fueron masacrados en las calles de París y en las propias estancias del palacio del Louvre. Eran los mismos nobles y soldados que formaban parte del grupo por el que Petrus había tomado partido. En la trama de la novela, las sospechas de Catherine de que algo podría ocurrir esa noche, permiten que Gonsalvus se salve al refugiarse en los aposentos privados de palacio.

A veces, aún ahora, acude todo, en tropel, a mi recuerdo. El momento en que se paró el tiempo. Las tres de la mañana en Saint-Germain l’Auxerrois, entre el miedo a la emboscada y el disfrute de un instante robado y perfecto. Los primeros gritos, escalofriantemente cerca. Y después, el horror. Llantos, súplicas, disparos de arcabuz y entrechocar de espadas. Gritos de hombres y mujeres y niños, juramentos y carreras apresuradas de pies descalzos. En las calles, en los pasillos, en el patio del Louvre. Podíamos verlo desde las ventanas. Sacaban a los invitados de la boda, solo a los hugonotes, de sus estancias, indefensos, desarmados, en ropas de dormir. Y una vez fuera les arcabuceaban, les alanceaban o les asaetaban desde las almenas. Y en todo parecía haber un disfrute primitivo y feroz. No era solo en palacio. A muralla cerrada, la ciudad se moría en todas y cada una de sus calles. El Sena se llenó de la sangre que yo había proclamado necesitar para separarme de Catherine. Quise salir entonces, socorrer a los míos, pero ya era muy tarde. El miedo y la venganza ya se habían adueñado de París.

A esta revuelta que terminó en masacre, en una de las noches más aciagas conocidas por la ciudad francesa, le precedieron guerras y asaltos como la batalla de San Quintín, en 1557, en la que todos los herederos principales de las grandes casas francesas fueron apresados por España, y le sucedieron cuatro nuevas guerras de religión. Éstas, hasta un total de ocho, transcurrieron entre 1562 y 1598 implicando tanto al reino de Francia como al de Navarra, e internacionalizándose hasta convertir al país en vecino en el ring en el que luchaban el rey católico Felipe II y el Papa contra la anglicana Isabel de Inglaterra, los Países Bajos y los príncipes luteranos del Sacro Imperio. Tiempos inestables que la novelista recoge y encaja magistralmente en el relato de ficción de Petrus Gonsalvus.

Un siglo envuelto en magia y esoterismo. Las profecías de Nostradamus

Michel de Nostradamus, el astrólogo y adivino más universal y mediático de la historia es uno de los personajes secundarios de la trama. Está registrada su estancia en la corte de Catalina de Medici, gran amante —y, al parecer, practicante— de las ciencias ocultas, quien confiaba en el criterio del maestro a la hora de prevenir acontecimientos futuros. La centuria que predice la muerte del rey Enrique II en un torneo o la profecía de que la dinastía de Catalina se extinguirá y será sustituida por los Borbones, en la persona de su sobrino Enrique de Navarra, han sido analizadas y diseccionadas a lo largo de la historia. Y, de hecho, de algún modo marcaron la vida de la soberana, que intentó, por todos los medios a su alcance, que no se cumplieran, sin conseguirlo. Episodios como el del espejo del castillo de Chaumont en el que el astrólogo muestra a la reina los próximos reyes en el trono de Francia, se cuentan como verídicos en innumerables ocasiones refiriéndose a la figura de Catalina de Medici.

En cualquier caso, en la trama —como ocurrió en la realidad— no faltan los elementos mágicos. Los hermanos Ruggieri, también astrólogos y consejeros de la reina o Renato de Florencia, perfumista y probable suministrador de venenos, son figuras históricas que se deslizan por las páginas de la novela. La propia enfermedad que aquejó a Petrus durante toda su vida, pudo ser tomada en ocasiones como un “castigo” o un indicio de ser un monstruo, alguien diferente proveniente del entorno del maligno. En el siglo XVI, con una Europa saliendo del oscurantismo de la Edad Media, inmersa en guerras de religión y con tribunales eclesiásticos dispuestos a castigar con la muerte la herejía, brujería o cualquier práctica sospechosa, fueron muchos los casos documentados y juzgados de presuntos “hombres lobo”. No es de extrañar que nuestro protagonista, como ocurre en la trama, se viera envuelto en alguna de estas acusaciones, a consecuencia de su inusual aspecto, que provocaría rechazo y miedo entre quienes no le conocieran.

La autora

Emma Lira, nacida en Madrid en 1971, estudió Periodismo en la Universidad Complutense. Comenzó su carrera en *Diario 16* y se ha desempeñado como redactora jefe en diferentes publicaciones corporativas.

Escritora, amante de la arqueología y viajera empedernida, es una gran conocedora del mundo árabe, el Islam y la cultura amazigh del norte de África. De ella derivan las poblaciones aborígenes de las Islas Canarias.

En el año 2013 fue finalista del Premio Fernando Lara con *Tras el agua grande* y posteriormente ha publicado dos novelas más: *Búscame donde nacen los dragos* (2013), su primera incursión narrativa en el ámbito canario, y *Lo que esconden las olas* (2015). En 2018 publicó su primera crónica de un singular viaje en coche desde Córdoba hasta la frontera saudí: *Espejismo, viaje al oriente desaparecido*.

En la actualidad colabora con la Sociedad Geográfica Española y *National Geographic*, además de ejercer como guía especializada en destinos africanos como Etiopía, Marruecos o Madagascar.